

XLII.—Pág. 22. Su furor contra los cristianos.

Toda la siguiente página va preparando la acción. *causa del odio de Galerio contra los cristianos, proyecto de usurpar el imperio*. etc. Vese, pues, que la narración está estrechamente enlazada con la acción.

XLIII.—Pág. 22. Doroteo, (primer funcionario de su palacio.)

Este personaje es histórico: era cristiano, y padeció el martirio con otros muchos oficiales de palacio.

XLIV.—Pág. 22. Estos se ocupan seriamente de la construcción de una ciudad...

Todas las leuras reunidas aquí no son atribuidas gratuitamente a los falsos sabios. Plotino, por otra parte muy hombre de bien, quiso que el emperador Galiano edificase una ciudad; y Porfirio buscó los arcanos de la naturaleza en los misterios del Egipto. Las sectas que todo lo veían en el pensamiento ó en la materia eran los platónicos y los epicúreos; los que predicaban la república en el seno de la monarquía, llegaron hasta atacar á Trajano, quien tuvo que echarlos de Roma; los que, á imitación de los fieles, querían enseñar la moral al pueblo, se señalaron particularmente bajo el reinado de Juliano. «Todo estaba lleno de filósofos», dice Fleuri (*Costumbres de los cristianos*), que hacían gala de practicar la virtud y enseñarla. Hubo además muchos en aquellos primeros siglos de la Iglesia que, tal vez á imitación de los cristianos, recorrieron el mundo, pretendiendo reformar el género humano. Todo, pues, es aquí histórico. Las locuras humanas se han repetido mas de una vez, y muy á menudo creemos leer la historia de nuestros propios males en la de los hombres que nos precedieron.

XLV.—Pág. 22. Hierocles marcha á su cabeza.

Respecto á Hierocles, vease el prólogo.

XLVI.—Pág. 22. Una ofensa que recibí de Hierocles.

Principio de la enemistad entre Eudoro y Hierocles.

XLVII.—Pág. 23. Marcelino, obispo de Roma.

Marcelino era pontífice en aquella época; mas yo no le doy este título en el texto, porque los papas no lo usaban aun esclusivamente. Marcelino ocupó la sede pontificia por espacio de un poco mas de ocho años. Los donatistas le acusaron de haber sacrificado á los ídolos durante la persecución, pero San Agustín le justificó en su obra contra Petiliano. Las actas del concilio de Sinuesa son apócrifas.

XLVIII.—Pág. 23. En el sepulcro de San Pedro y San Pablo.

Esto es, en el Vaticano, junto á la Basílica de San Pedro.

XLIX.—Pág. 23. Allí se encontraba Pafnucio, de la alta Tebaida.

Todos estos nombres traen consigo su comentario. Todos estos prohombres, de los cuales ha puesto muchos la Iglesia en el número de los santos, vivían en aquella época y concurrían al concilio de Nicea. Puede observarse además que lo que falta en la narración de Eudoro relativamente á la pintura del estado del Cristianismo sobre la tierra, se halla aquí. Eudoro no habla de las iglesias de Persia y de la India, por donde no ha viajado. Los iberos, de que se hace mención en este pasaje, no son los españoles, sino unos pueblos situados entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. También está indicada en este cuadro la posición de la Iglesia respecto á las herejías.

L.—Pág. 23. Y bendecía la ciudad y al mundo.

Coloco aquí el origen de una ceremonia patética, que se practica todavía en nuestros tiempos: *urbi et orbi*.

LI.—Pág. 23. Anhelaba en secreto los plátanos de Fronton, el pórtico de Pompeyo, ó el de Livia.

Hubo en Roma unos jardines públicos, conocidos bajo el nombre de Fronton: vease á JUVENAL.—El pórtico de Pompeyo y el de Livia son célebres en el *Arte de Amar* de OVIDIO.

LII.—Pág. 23. Y la puerta santa me es cerrada.

Todo el mundo ha notado esta escena, de donde va á salir la acción entera.

LIII.—Pág. 23. Al anfiteatro de Vespasiano.

Hoy día coliseo. Vease la pintura de estas ruinas, en la carta á Mr. de Fontanes, citada mas arriba (nota xxxvi.)

LIV.—Pág. 23. Es preciso que este pueblo, aun en medio de su miseria, tenga participación en todas las grandezas.

Esta es otra frase desaprobada por el crítico que desaprobó las otras dos (notas xxii y xxiii.) Por lo tocante á esta, la cual por una grave fatalidad no se había citado aun exactamente en el periódico, no sé qué decir. He visto las opiniones encontradas, aunque me parece que las autoridades preponderantes me son favorables. En todo caso, si esta frase es dudosa, es la única que hay de esta especie en los *Mártires*.

LV.—Pág. 23. Las bestias feroces encerradas en los subterráneos del anfiteatro, empezaron á rugir.

Presagio que me ha parecido propio para despertar el temor y la curiosidad de los lectores. Eudoro se acordará de él en el lib. XXIV.

LIBRO QUINTO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 23. Frecuentábamos especialmente en Nápoles el palacio de Aglaé

La historia de Aglaé y de San Bonifacio, mártires, es acaso la mas peregrina de todas las historias de nuestros santos. El exacto compendio que doy de ella en el texto me dispensa de añadir nada mas sobre el mismo asunto en la nota; basta saber que todo cuanto dice Aglaé acerca de las cenizas de los mártires, y todo lo que responde Bonifacio, es conforme á la verdad histórica. En el libro décimo-sesto se verá cual fué el fin de Aglaé, San Sebastian, San Pacomio, San Bonifacio y San Gines. Este ha dado al abate Nadal el argumento para una tragedia. (Vease la HISTORIA ECLESIASTICA, de FLEURI, las ACTAS de los santos Mártires, y las VIDAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO.)

Una parte esencial de mi plan es ofrecer el cuadro completo del Cristianismo en la época de la persecución de Diocleciano. He procurado nombrar casi todos los mártires y santos del siglo IV, y ligarlos mas ó menos con mi asunto por medio de una palabra ó un recuerdo. La mayor parte de los lectores no ponen su atención en estas pequenezas, las cuales sin embargo cuestan mucho al autor, y por último resultado hacen que una obra tenga mucho meollo y abundancia de hechos, ó que esté falta de sentido ó de lectura. Por otra parte, tal vez no carece de algun interés el ver como obran estos grandes personajes, cuya historia oímos contar en nuestra infancia, y que, despues de haber perseguido á los cristianos, llegaron á ser muchas veces santos ilustres.

II.—Pág. 26. Todas las mañanas al rayar el alba.

Esta descripción de Nápoles ha sido escrita en los mismos parajes que son objeto de ella. Me consta que los pueblos de aquel hermoso pais, tan sensibles á los encantos de su clima y á los grandes recuerdos de su patria, han reconocido la exactitud de mi cuadro.

III.—Pág. 26. Parténope fue edificada sobre el sepulcro de una sirena.

Parténope, como nadie ignora, es Nápoles. ¡*Tenet nunc Parthenope!* Esta ciudad fue fundada por los griegos; por esta razon dirá Eudoro mas adelante que las danzas de las napolitanas le recordaban las costumbres griegas.

IV.—Pág. 26. Rosas de Pesto en vasos de Nola.

Las rosas, segun Virgilio, florecían dos veces en Pesto. Harto conocidos son los hermosos templos que señalan todavía el asiento de esta pequeña colonia griega. Los vasos antiguos, llamadas *vasos de Nola*, adornan los gabinetes de los amantes de las antigüedades artísticas. Nola era una ciudad inmediata á Nápoles, en la que falleció Augusto.

V.—Pág. 26. Retirándose hácia el sepulcro de la nodriza de Eneas.

Te quoque littoribus nostris, Æneia nutrix,
Æternam moriens famam Caietæ dedisti.

ÆN., VII, I.

Gaeta está al Poniente con respecto á Nápoles, y el sol al ponerse, pasa por detrás del Pausilipo. Ya se sabe que el Pausilipo es una larga y alta colina, bajo la cual se ha abierto el camino que conduce á Puzzolo. A la entrada de este camino subterráneo se halla el sepulcro de Virgilio.

Plinio fue sepultado bajo las lavas del Vesubio, en las cercanías de Pompeya (Véase á PLINIO EL JOVEN, *Epist.*) La Solfatara es una especie de llano ó un foco de volcan, abierto en el centro de una montaña. Cuando se camina por aquel sitio, la tierra resuena bajo los pies; el suelo es ardiente á cierta profundidad, la plata se cubre de azufre, etc. Todos los viajeros hablan de este fenómeno.

El lago Averno, la Estigia y el Aqueronte, lugares así llamados á las inmediaciones del mar y de Bayas, están admirablemente descritos en el libro sexto de la Eneida. Todos estos sitios existían también en Egipto y en Grecia.

VI.—Pág. 26. Las ruinas de la casa de Ciceron.

Ciceron tenia en las inmediaciones de Bayas una quinta cuyas ruinas se ven todavía. Para el naufragio de Agripina, su muerte y el famoso *Ventrem feri*, véase á TACITO (*Aux. XIV, 5, 6, 7*). En cuanto á Caprea, nadie ignora la estancia que en ella hizo Tiberio, y los excesos á que allí se entregó.

VII.—Pág. 26. Las tres hermanas del Amor, hijas de la Potencia y de la Hermosura.

Las Gracias, hermanas del Amor, é hijas de Venus y Júpiter. Eudoro se expresa en este pasaje como acostumbraba hacerlo en el discurso de sus estravios.

VIII.—Pág. 26. Coronada la frente de ápio siempre verde, y de rosas que duran tan poco.

Fácil es reconocer aquí á Horacio, Virgilio, Tibulo y Ovidio. El lector ha visto la antigüedad griega en los primeros libros; aquí puede solazarse con los recuerdos de la antigüedad latina. No se me acriminará de haber elegido lo menos hermoso que hay entre los antiguos, para dar mayor realce á las bellezas del Cristianismo.

IX.—Pág. 27. Nuestra ventura hubiera sido ser amados, así como amar.

Este pensamiento es de San Agustín: es delicado y tierno, pero no está exento de afectación, y yo lo elogí demasiado en el *Genio del Cristianismo* (tomo III, lib. IV, cap. II). Por lo demás todo este trozo sigue el tono de la moral cristiana, propia para desengañarnos de las ilusiones de la vida. Lo que hay aquí mas digno de notarse, es que este tono no forma un contraste violento con lo que precede, y que si yo no lo hubiese advertido, el lector no repararía que ha pasado de los poetas elegidos á los Padres de la Iglesia.

X.—Pág. 27. Vagando un día por las inmediaciones de Bayas, nos hallamos cerca de Literna.

Literna es la población hoy llamada Patria. Véase también mi carta á Mr. de Fontanes, citada en las notas del libro precedente.

XI.—Pág. 27. Veis al africano devolver la esposa á su esposo.

Conocido de todos es este pasaje de la vida de Escipion.

XII.—Pág. 27. Cuando Ciceron os pinta este gran hombre.

Nos queda un fragmento de Ciceron, conocido bajo el título de *Sueño de Escipion*. Ciceron supone que Escipion Emiliano tuvo un sueño, durante el cual Escipion Africano le subió al cielo y le hizo ver la felicidad destinada á los justos.

XIII.—Pág. 27. Mi madre, que es cristiana.

Es Santa Mónica.

XIV.—Pág. 27. Con el traje de los filósofos de Epicteto.

Los primeros solitarios cristianos eran unos verdaderos filósofos. Algunos anacoretas no seguían otra regla que el manual de Epicteto.

XV.—Pág. 27. Yo estaba sentado en este monumento.

Los sepulcros de los antiguos, y sobre todo los de los rorcanos, venían á ser unas torres. Muchos solitarios de Egipto moraban en los sepulcros.

XVI.—Pág. 28. Yo soy el solitario cristiano del Vesubio.

En esta historia ha llamado la atención el trozo de las Lectanias, el cual por lo menos tiene el mérito de la dificultad vencida. En nuestros días hay un ermitaño que vive en la falda del monte Vesubio, y es como un centinela avanzado que espone perpétuamente su vida para anunciar las erupciones del volcan. De este modo hago subir hasta Traséas el heroísmo religioso.

XVII.—Pág. 28. Unos piratas desembarcaron en esta playa.

Esto es histórico.

XVIII.—Pág. 28. Un edificio de carácter grave.

Es una particularidad digna de notarse que las mas antiguas iglesias construidas antes del nacimiento de la arquitectura gótica, tienen un carácter de gravedad y grandeza que no se echa de ver en los monumentos paganos de la misma época. He hecho varias veces esta observación en Roma, Constantinopla y Jerusalem, donde se ven algunas iglesias del siglo de Constantino; siglo que por otra parte no era el del buen gusto.

XIX.—Pág. 28. Su voz tenia una armonía...

Un crítico, en un extracto, por desgracia muy corto, ha tenido la bondad de aplicarme este pasaje. No me lisonjee de merecer semejante elogio; y al escribir esto, no tuve otro objeto que el pintar la elocuencia, el estilo y la persona misma de Fenelon. En efecto, se notará fácilmente que el pasaje es aplicable bajo todos respetos al autor del *Télémaque*.

XX.—Pág. 28. Que Gerónimo se preparaba á recorrer las Galias.

San Gerónimo viajó por muchos países, y fijó por último su residencia en Belén, pueblo de la Judea, donde mas adelante volveremos á hallarle.

XXI.—Pág. 29. No sé.... si volveremos á vernos.

El autor ha visto á algunas personas eternecerse con la lectura de esta carta. ¿Era esto una lisonja, ó uno de esos formulados cumplimientos con que se halaga á un autor? No es fácil resolverlo.

XXII.—Pág. 29. Disponiéndose Eudoro á continuar su narración...

Como la narración es larga, la he interrumpido varias veces para dar algun descanso al lector; y aun me he tomado la libertad de cortarla enteramente hácia la mitad, con el libro del infierno. Esta innovación en el arte, la única á que me he atrevido, era sin duda necesaria y muy natural, puesto que nadie la ha observado.

XXIII.—Pág. 29. Bellotas de fago.

El fago era una especie de encina ó de haya de Areadia, que daba la bellota de que, segun se cree, se alimentaban los primeros hombres. (Véase á TEOPRASTO.)

XXIV.—Pág. 29. Cuando un hijo de Apolo...

Era Ulises, que lloraba oyendo cantar las proezas de los griegos al Demócoco de Homero, en los festines de Alcinoos. (ODISEA VIII.)

XXV.—Pág. 29. Maximiano se había visto obligado á trasladarse...

Hechos históricos. Siempre que he podido recordar al lector el amor naciente de Cimodocea para con Eudoro, la am-

bición de Galerio, el odio de César contra Constantino y los fieles, y en fin, el nombre y los proyectos de Hierocles, me he apresurado á hacerlo; de modo que el asunto principal no se aparta nunca de la vista.

El emperador Valeriano, de quien se habla aquí, fue hecho prisionero por los partos y desollado vivo, segun dicen algunos, y segun otros, despues de muerto.

xxvi.—Pág. 29. Entro animosamente en la caverna.

Contaba yo muy poco con el buen éxito de este trozo, y no obstante ha sido bien recibido. Segun la historia, es muy probable que Prisca y Valeria fueran cristianas. Hay que advertir que las catacumbas que yo describo son las que tomaron mas adelante el nombre de San Sebastian, por haber sido enterrado en ellas este mártir; y el mismo Sebastian está ahora presente al sacrificio. El bello sepulcro de Cecilio Metelo se halla en efecto donde yo lo coloco. Todo esto es exacto y hecho á la vista de los mismos sitios descritos. Mr. De Lille habia pintado las catacumbas desiertas; y así no me quedaba otro recurso que representar las catacumbas habitadas, para no empeñarme en una lucha harto desigual con un gran poeta y con unos hermosos versos.

xxvii.—Pág. 30. Es ese griego, vástago de una raza rebelde al pueblo romano.

A proporción que va creciendo la rivalidad entre Eudoro y Hierocles, la amistad de aquel y de Constantino, y el odio de Galerio á los cristianos, va debilitándose la energia de Diocleciano; así pues, la narracion está íntimamente ligada con la accion.

xxviii.—Pág. 30. Tan poderosa es la fuerza de la costumbre y tal el encanto que ocultan los lugares célebres....

Yo mismo, al partir de Roma, esperiménté vivamente este sentimiento. De todos los lugares de la tierra que he visitado, Roma es el único á donde quisiera regresar; el único donde viviria gustoso.

xxix.—Pág. 30. La via Casia, que me conducia á la Etruria....

Los pormenores de este viaje son verdaderos. No creo haya viajero alguno que no reconozca á Radigofanini en estas palabras: *erizada de agudas rocas*, en este torrente que vuelve atrás veinte y dos veces, y que cuando corre arrastra su misma madre. Los montecillos cubiertos de brezos son la Toscana.

xxx.—Pág. 31. No puede decirse en qué direccion se deslizan sus aguas.

«Flumen est Araar..... incredibili lenitate, ita ut oculis in utram partem fluat, iudicari non possit.» (CAES. de belli. Gall.)

Ubi Rhodanus ingens amne prærapido fluit,
Ararque dubitans quo suos cursus agat
Tacitus, quietus alluit ripas vadis.

SEN., in Apocolocintosi.

Fulmineis Rhodanus qua se fugat incitus undis,
Quaque pigro dubitat flumine mitis Arar;
Lugdunum jacet, etc.

JUL. CAES., Scaliger.

xxxi.—Pág. 31. Cuya ciudad es la mas populosa y bella de las tres Galias.

Treveris.

LIBRO SESTO.

i.—Pág. 31. La Francia es una comarca salvaje.

La Francia de los antiguos tiempos, ó el país de los francos, no era la Francia actual: lo que al presente llamamos Francia, es propiamente la Galia de los antiguos. Yo he citado como autoridades en el prefacio, el Mapa de Peutingger, y á San Gerónimo en la Vida de San Hilarion. La Tabla-Mapa de Peutingger es una especie de libro de postas de los antiguos, compuesto verosimilmente en el siglo IV. Habiéndolo hallado un amigo de Peutingger, jurisculto de

Augsburgo, fue publicado en Venecia en 1591. Consiste en unas largas tiras de papel, sobre las cuales se ven trazados los caminos del imperio romano, con los nombres de los países, de las ciudades y de las casas de postas; pero todo sin division, sin meridiano, sin longitud ni latitud. La palabra Francia se halla escrita al otro lado del Rhin, en el paraje que yo designo.

He aquí las palabras de San Gerónimo: «Entre los sajones y los germanos se encuentra una nacion poco numerosa, pero muy valiente. Los historiadores llaman Germania al país que habita esta nacion; mas en el dia se le da el nombre de Francia.» (In vit. S. Hilar.)

«La nacion de los Celtas, dice Libanio, habita mas allá del Rhin, en la costa del Océano. Aquellos bárbaros se llaman Francos, porque sufren muy bien las fatigas de la guerra.» (In Basil.)

ii.—Pág. 31. Los pueblos que habitan este desierto, son los mas feroces de los bárbaros.

«Los francos, dice Nazaris, sobrepujan en ferocidad á todos los pueblos bárbaros.» Segun el autor anónimo de un panegirico pronunciado en presencia de Constantino, «no era fácil vencer á los francos, pueblo que se alimentaba de la carne de las fieras.»

iii.—Pág. 31. Miran la paz como la mas dura esclavitud cuyo yugo pueda serles impuesto.

«La paz es para los francos una horrible calamidad.» (LIBAN, Orat. ad Constant.)

iv.—Pág. 31. Los vientos, las nieves, las escarchas son sus delicias.

«Los francos están en medio del mar y de las tempestades, tan tranquilos como si se hallasen en tierra; y prefieren los hielos del Norte á la dulzura de los climas mas agradables.» (LIBAN, loc. cit.) Esta frase del testo: *y podria decirse que han visto el fondo del Océano, etc.* se apoya en un pasaje de Sidonio Apolinario. (Lib. VIII, epist. ad Namm.)

v.—Pág. 31. Se mostró por primera vez.... bajo el reinado de Gordiano el Piadoso....

Desde el año 241 hasta el de 247. (Véase á FLAV. VOPISC., cap. VII.)

vi.—Pág. 31. Los dos Decios perecieron en una expedicion contra ella.

(Véase el prefacio y CHRON. PASCHAL.)

vii.—Pág. 31. Probo.... se condecoró con el glorioso título de Francico.

(Vide FLAV. VOPISC., cap. XII, in vit. Prob.)

viii.—Pág. 31. Presentóse á la vez tan noble y tan temible....

Este hecho tan curioso se lee en una obra del emperador Constantino Porfirogeneto, el cual dice que Constantino el Grande fue el autor de la ley que permitia á los emperadores romanos entalzarse con la sangre de los francos. (De admin. imp.)

ix.—Pág. 31. Los terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia.

Hecho histórico. (Véase el panegirico pronunciado delante de Max. Here. y Const. Cl., cap. IV.)

x.—Pág. 31. Entramos en el suelo pantanoso de los bátavos.

«Terra non est.... Aquis subjacentibus innatat et suspensa late vacillat.» (EVM. Paneg. Const. Cæs.)

xi.—Pág. 31. Las trompetas del campamento hacian resonar el toque de diana.

Nuestros ejércitos han conservado la diana. Tocábase la trompeta siempre que se mudaba la guardia, ya fuese de dia ya de noche.

xii.—Pág. 31. El centurion que se paseaba.... balanceando su baston de cepa.

La insignia del centurion era una vara de sarmiento, que le servia para mandar ó castigar á los soldados. El centurion tuvo al principio á sus órdenes cien hombres, cuando la legion constaba de tres mil plazas; pero cuando esta se aumentó hasta cuatro mil, fue reducido á cincuenta hombres el número de los que tenia el centurion bajo sus órdenes. En cada manipulo habia dos compañías de sesenta hombres cada una. El primer centurion del ejército tenia asiento en el consejo de guerra, y no recibia órdenes sino del general ó de los tribunos.

xiii.—Pág. 31. Al inmóvil centinela que... tenia un dedo levantado en actitud de silencio.

Así explica Montfaucon en las Antigüedades romanas, la actitud de algunos soldados.

xiv.—Pág. 31. Al victimario que sacaba el agua para el sacrificio.

El victimario preparaba las cuchillas, el agua y las tortas para el sacrificio; iba medio desnudo, y llevaba una corona de laurel. Habia en cada campamento romano un altar junto al tribunal de césped donde se sentaba el general. Las tiendas eran de pieles, de donde vino la expresion *sub pellibus habitare*. Estaban dispuestas paralelamente, formando calles regulares y cruzándose en ángulos rectos. Los campamentos romanos eran de forma cuadrada; los griegos, y sobre todo los lacedemonios, hacian los suyos de figura redonda.

xv.—Pág. 32. Repetian en otro tiempo los versos de Eurípides.

Despues de la derrota y muerte de Nicias, delante de Siracusa, muchos atenienses que habian caído en la esclavitud, alcanzaron su libertad en premio de los versos de Eurípides, que recitaban á sus amos, pues la fama de este eunimemente trágico empezaba ya á penetrar en Sicilia.

xvi.—Pág. 32. La legion de Hierro y la Fulminante....

La legion romana constó sucesivamente de tres, cuatro, cinco y seis mil hombres, comprendidas las diferentes especies de soldados armados que aquí designo; los hastados, los principes y los triarios. Los vexilarios venian á ser los porta-estandartes. El orden de estos soldados en la linea no fue siempre el mismo. La legion se dividia en dos cohortes, cada cohorte en tres manipulos, y cada manipulo en dos centurias. Además de su número ordinal, llevaba tambien la legion un nombre tomado de sus divinidades, de su país ó de sus hazañas. (POLTB. lib. VI, VEC., lib. II.)

xvii.—Pág. 32. Estas enseñas estaban perfumadas.

Las águilas eran el distintivo de la legion, y las cohortes tenian tambien sus insignias particulares: el día del combate las adornaban de ramaje, y algunas veces las perfumaban: lo que sugirió á Plinio una hermosa declamacion: «Aquila certe ac signa pulverulenta illa, et custodibus horrida, inunguntur festis diebus: utinamque dicere possemus, quis primus instituit. Ita est, nimirum hac mercede corrupta terram orbem devicere aquila. Ista patrocinia quarimus vitiis, ut per hoc jus sumantur sub casside unguenta.» (PLIN., Hist. Nat. lib. XIII, cap. IV, 5.)

xviii.—Pág. 32. Los Hastados.

Respecto de estos guerreros, véase la nota XVI.

xix.—Pág. 32. Estaban llenos de máquinas de guerra.

La catapulta, la balista, la grua, los arietes, las torres con ruedas; y en las naves los cloques, los picos de bronce y los garfios de hierro. En las batallas solo empleaban las catapultas y las balistas; las demás máquinas estaban destinadas á los asedios de puntos fuertes.

xx.—Pág. 32. En el ala izquierda de las legiones, la caballeria de los aliados desplegaba su movible cortina.

El órden, el número y las armas de la caballeria variaron entre los romanos, segun los tiempos. La caballeria, ya unida con la legion, ya formando un cuerpo separado, tomó hácia el fin de la república el nombre general de *ala*, porque servia en los flancos. La caballeria mas numerosa de los romanos era la de los aliados, y diferia necesariamente en armas ofensivas y defensivas, segun el pueblo á que pertenecia; he procurado espresar esta circunstancia con toda la exactitud posible.

xxi.—Pág. 32. Dominando corceles de atigrada piel, y veloces cual las águilas.

Segun Estrabon, los caballos de los celtiberos (los españoles), igualaban en velocidad á los de los partos, y tenian generalmente el pelo gris ó atigrado. (ESTRABON, libro III). Diodoro pondera tambien la caballeria española (libro V). Dicen estos dos autores que los celtiberos llevaban casi todos un manto de lana negra; (*id. id.*) y segun Estrabon (*loc. cit.*), un casco ú especie de sombrero tejido de nervios, que terminaba en tres penachos. Diodoro asegura que estos penachos eran de color de púrpura (*loc. cit.*) Estrabon da á los celtiberos unos venablos cortos. La espada ibérica era famosa por su temple, y segun el testimonio de Estrabon, no habia casco ni escudo que resistiese á sus filos.

xxii.—Pág. 32. Los germanos, hombres de gigantesca estatura....

Julio César y Tácito nada dicen de la gorra y de la maza que doy aquí á los caballeros germanos (CÆS., de Bell. Gall., lib. IV; TACIT., de Mor. Germ.) No puedo recordar la autoridad original donde he leído estos pormenores, pero en la Historia de Francia antes de Clodoveo, Mezeray da á esta maza el nombre de *cateies*.

xxiii.—Pág. 32. A su espalda, algunos ginetes númeridos....

Muchas piedras grabadas y las monedas antiguas de Africa, ya púnicas ya romanas, representan así al caballero númerido.

xxiv.—Pág. 32. Bajo de sus sillas adornadas de marfil.

No hay que tomar aquí esta palabra *sillas* en el sentido en que la tomamos en el dia. La silla propiamente dicha no era conocida de los romanos en el siglo IV; pues estos solo tenian un pequeño asiento, fijo en el lomo del caballo por medio de un pretal y una grupera. Estas sillas no tenian estribos. Aunque en Virgilio se habla de bocado ú freno, no por esto es cierto que la caballeria romana usase de bridas. En cuanto á los guantes, su uso sube á la mas alta antigüedad: Homero los da á Laertes, en la *Odisea*, y los persas los llevaban, como nosotros, para el aseo.

xxv.—Pág. 32. Todos aquellos bárbaros tenian la cabeza erguida, vivo el color....

Consúltese á César, libros I, IV y VI; á Diodoro, lib. V, y á Estrabon, lib. VI y VII.

xxvi.—Pág. 32. Azules los ojos, fosca y amenazadora la mirada.

«Luminum torvitate terribiles,» dice Amiano Marcelino, (Véase tambien á Diodoro, *loc. cit.*)

xxvii.—Pág. 32. Su túnica.... de pedazos de púrpura, y un áspero cinturón de cuero ceñia á su costado su fiel espada.

La Galia Narbonense se llamó mas antiguamente *braccata*, del nombre de este traje galo. «Los galos, dice Diodoro, visten muy estrañamente, pues llevan unas túnicas pintadas de toda suerte de colores, y sobre ellas se ponen un sayo listado. (Diodoro, lib. V. Véase tambien á Estrabon, lib. III.) El nombre francés *sayon* (sayo) viene de *sagum*, saco. El *sarrau* (saco) de los labradores franceses es el verdadero *sagum* de los galos.

xxviii.—Pág. 32. La espada del galo jamás le abandona.

La espada era el arma distintiva de los galos, como la francisca ó hacha de dos cortes era el arma peculiar del franco. Los galos llevaban la espada colgando sobre el muslo derecho y prendida de una cadenilla de hierro ó de un cin-